

propia división administrativa, una organización en clanes, un presupuesto autónomo y su derecho indígena. El motivo que explica nuestro viaje hasta esta tribu yace a varios cientos de metros bajo tierra. En efecto, el subsuelo del territorio de Jos Bafokeng alberga fabulosas reservas de metales pertenecientes al grupo de los platinoides: rutenio, rodio, iridio, platino... Estos metales preciosos y raros abastecen mercados tan divergos como la joyería, los equipos de laboratorio o incluso los convertidores catalíticos de los coches.

Nada más salir de Phokeng, hemos de atravesar la campiña para llegar, varios kilómetros más al norte, a las minas de Rasimone. El terreno está magullado por los desplazamientos de rocas extraídas del subsuelo. Plantadas en pleno *bush*, las refinerías de platino, inmensos monstruos de chatarra, se yerguen por encima de los paisajes accidentados. Un entramado de vías férreas, sobre las que se contonean locomotoras que remolcan contenedores cargados de piedras, conecta las instalaciones.

«Cuando yo llegué, cavábamos en un solo nivel. ¡Ahora disponemos de diez!», se entusiasma el jefe minero Dirk Swane-poec, un sudafricano blanco que trabaja para la empresa de extracción minera Anglo Platinum. A pocos pasos de su despacho, decenas de mineros con uniforme y casco protector se apean de una cinta transportadora escupida por una sima excavada en la roca. Acaban de practicar agujeros con brocas neumáticas y los han hecho estallar con ayuda de explosivos. Una vez subido a la superficie, el mineral será triturado y reducido a partículas de roca que contienen platinoides, los cuales serán sumergidos en agua con reactivos especiales, decantados, secados, fundidos y finalmente purificados para obtener sobre todo platino. «Cada mes extraemos 200.000 toneladas de roca —afirma Swane-poec—. Y cada tonelada contiene entre 4 y 7 gramos de platino.»

De hecho, los Bafokeng están asentados sobre las mayores reservas mundiales de platino. Un tesoro cuya existencia dis-

!!!

1000 kg  
4-7 g

taba de sospechar «el pueblo del rocío» cuando, atraído por la fertilidad de la tierra, se instaló en la región en el siglo xv. En 1870 el rey Kgosi Mokgatle adquirió las 900 primeras hectáreas del actual territorio, gracias a una importante fortuna amasada por sus súbditos en las cercanas minas de diamantes de Kimberley. Y fue en 1924 cuando el subsuelo reveló la presencia de metales.

Tras el nacimiento de la Sudáfrica democrática, los Bafokeng, que se habían visto perjudicados por las normativas segregacionistas del *apartheid*, las cuales prohibían a las poblaciones indígenas poseer sus tierras, se enzarzaron en una larga batalla judicial contra Impala Platinum (Implats), que hasta entonces se embolsaba todos los beneficios de la extracción. Y tuvieron éxito: los Bafokeng perciben ahora el 22 % de los *royalties*, e incluso han adquirido hasta el 13 % de participación en el capital de la empresa minera.<sup>26</sup> Es la primera vez que una comunidad étnica sudafricana gana un pulso a una sociedad minera.

Al mando desde el año 2000, el joven *kgosi* («rey») Leruo Molotlegi, trigésimo séptimo monarca de la dinastía, es supervisado por la reina madre, que tiene una función meramente simbólica. Semane Molotlegi es una de las últimas reinas del continente negro. Es casi invisible en los medios de comunicación, y que un periodista extranjero pueda encontrarse con ella es algo muy poco frecuente. No obstante, tuvimos la suerte de conseguir una audiencia.

Fuimos de punta en blanco. Ante nosotros, una mujer muy hermosa, en la cincuentena, ataviada con un elegante vestido tradicional de colores, y que hablaba en tono sosegado. Dándole el respetuoso tratamiento de Mmemogolo («abuela» en lengua setswana), evocamos sus viajes a lo largo y ancho del mundo, en los que se esfuerza por dar a conocer el éxito de su pueblo.

Lo cierto es que los Bafokeng han conseguido desmentir la maldición de las materias primas, en virtud de la cual las so-

ciudades occidentales llegan, agotan los recursos y se van. Al contrario, los Bafokeng se han convertido en la tribu más rica del continente y se proyectan incluso más allá de la economía de las minas.<sup>27</sup> Por añadidura, han puesto en práctica una estrategia que podría enseñarse en los manuales escolares: en su pulso con las empresas mineras, el pueblo del platino ha hecho valer la preeminencia del productor sobre el comprador, del propietario, soberano de sus recursos, sobre una clientela dispersa por todo el mundo. Y lo que resulta inédito es que no es un Estado, sino una «simple» tribu africana la que se erige en multinacional...

Si bien los Bafokeng aceptan a regañadientes hablar de nacionalismo de los recursos, de todos modos se trata de un típico caso de reequilibrio, incluso de inversión de las relaciones de fuerza tradicionales. Allí donde solían imponer su ley, los grupos mineros, que a menudo actuaban por cuenta de los consumidores occidentales, acabaron por comprender que en adelante iban a toparse más frecuentemente con oponentes más fuertes que ellos, y que, en consecuencia, tendrían que adaptarse. El precedente es de tal envergadura que la experiencia a escala real de los Bafokeng ha sido objeto de una creciente atención internacional. El Banco Mundial, el Foro Económico Mundial, agencias de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) e investigadores universitarios estadounidenses han visitado Phokeng.<sup>28</sup>

#### EL RECRUDECIMIENTO DE LOS NACIONALISMOS MINEROS

El ejemplo, lejos de ser un caso aislado, revela una tendencia de fondo presente en todos los continentes. En la actualidad, un número creciente de Estados niega el acceso de las compañías mineras extranjeras a los yacimientos más promete-

dores. Así, las autoridades mongolas bloquearon en 2013 las operaciones de extracción de la sociedad Rio Tinto en la mina de cobre de Oyu Tolgoi, situada en el desierto de Gobi.<sup>29</sup> También hay Estados que prohíben la adquisición, por parte de firmas extranjeras, de las compañías mineras locales, como es el caso de la provincia canadiense de Saskatchewan, que en 2010 cortó de raíz la tentativa de adquisición de la empresa canadiense PotashCorp, primer productor de potasio del mundo, por parte de la compañía minera angloaustraliana BHP Billiton. A lo que se suma la entrada del Estado en el capital de grupos mineros tradicionalmente privados. Es lo que ha hecho Catar al multiplicar sus inversiones, a través del grupo público Qatar Mining Company, en grupos mineros como la multinacional suiza Xstrata.<sup>30</sup> Pero el activismo de este minúsculo país del Golfo en el sector extractivo persigue objetivos aún oscuros...<sup>31</sup>

Por último —y sobre todo— hay que evocar la multiplicación de frenos al libre comercio de los metales. Además de China, otro caso espectacular es el de Indonesia. En 2009, esta imprescindible potencia minera decretó una serie de embargos sobre las exportaciones de casi todos los minerales brutos que produce su archipiélago. Un anuncio llevado a la práctica en 2014 sobre el níquel, el estaño, la bauxita, el cromo, el oro o incluso la plata. «Hemos de garantizar la soberanía de nuestras materias primas —declara un alto funcionario indonesio entrevistado en Yakarta—. Toda acción política relativa a nuestras riquezas mineras debe ser decidida y conducida no por Estados extranjeros, sino por nuestro propio Gobierno.»<sup>32</sup>

Y existen otros muchos ejemplos. En un estudio dedicado al comercio de las materias primas, la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) hizo inventario del conjunto de restricciones a las exportaciones de productos básicos decretadas en el mundo en los últimos años. Entre

2009 y 2012 se registraron más de novecientas acciones en ese sentido.<sup>13</sup> Por lo demás, la OCDE confeccionó un gráfico asombroso que muestra la evolución del número de tales medidas desde 1961; si bien este se mantuvo estancado en niveles relativamente bajos hasta 2005, a partir de 2006 la curva registraba un incremento no desmentido desde entonces.

De hecho, constatamos tales restricciones para casi todos los minerales y metales que entran en el inventario. Argentina ya ha puesto barreras a la exportación de 37 recursos minerales, mientras que Sudáfrica ha hecho otro tanto con el cobre, el molibdeno, los platinoideos y los diamantes; la India con el cromo, el manganeso, el hierro y el acero; Kazajistán con el aluminio; y Rusia con el wolframio (o tungsteno), la bauxita, el cobre y el estaño. ¿Cómo explicar la amplitud de semejante fenómeno?

En la actualidad, los países productores de minerales metalíferos son, principalmente, naciones emergentes. El florecimiento de las clases medias, más prósperas y mayores consumidoras de recursos, constituye un dato nuevo que los gobiernos deben tener en cuenta. Así, arraiga la certeza de que los recursos explotados a nivel local han de alimentar el consumo interno, en vez de satisfacer las apetencias de los países clientes. A lo que viene a sumarse la progresiva emergencia de una conciencia ecológica y de acciones de contestación contra los proyectos mineros locales, en otros tiempos limitadas a Occidente. Estos movimientos ciudadanos fuerzan a los Estados a endurecer las normativas sociales y medioambientales, lo cual retrasa los plazos de puesta en marcha de las minas.

De manera más general, se está desarrollando una cultura de la resistencia desde Yakarta hasta Ulán Bator, de Buenos Aires a Pretoria. Más cultas, las nuevas clases medias están más sensibilizadas a lo que, hoy por hoy, consideran una liquidación de sus recursos. A su cabeza, los responsables políticos obser-

van el reequilibrio económico entre los países desarrollados, a menudo presa del estancamiento, y los Estados emergentes, dinámicos y sedientos de enriquecimiento. En consecuencia, las medidas proteccionistas pretenden ser una afirmación de poderío en un mundo que se «desoccidentaliza».

No es ninguna novedad: desde los años sesenta del siglo pasado, la oleada de independencias en el Tercer Mundo ha ido acompañada de reivindicaciones sobre la soberanía de los recursos.<sup>34</sup> En África, Ghana nacionalizó las minas de oro de Ashanti en 1958, por entonces en manos de los británicos. La República Democrática del Congo hizo lo propio en 1965, seguida de Tanzania en 1967, Zambia en 1970 y Zimbabue en la década de 1980. Después, una oleada liberal pasó por allí... Hubo que esperar a la política china de cuotas a las exportaciones de metales raros para que el fenómeno se relanzara —y se ampliase— en los cinco continentes. «China galvanizó un nacionalismo de los recursos —observa un experto estadounidense—, no solo en su territorio, sino en todo el mundo.»<sup>35</sup>

En este contexto, ya nadie se pregunta si se producirán nuevas crisis comerciales, sino cuándo sobrevendrán. Mientras saborea un té en el bar de un lujoso hotel del barrio de Xuhui, en Shanghái, la china Vivian Wu, una voz muy autorizada en la industria de los metales raros, admite que dicho escenario tiene muchas probabilidades de materializarse: «Más que de embargos, yo prefiero hablar de resortes en contra de Japón, así como de otros países. Estas acciones participan de una estrategia, pilotada por el Estado chino, de restauración de nuestra imagen. Y es posible que se reproduzcan en el futuro, tanto con las tierras raras como con otros metales».<sup>36</sup>

## METALES GENERADORES DE INFLUENCIA... Y DE CRISIS

Por lo demás, esta situación podría agravarse todavía más por la especificidad de los mercados de los metales raros.

- \* • Como ya hemos visto, estos mercados son de entrada extremadamente restringidos: las cifras de producción resultan irrisorias comparadas con las de los grandes metales (hierro, cobre, aluminio, plomo...). ¡Basta pensar que la producción mundial de tierras raras apenas representa el 0,01 % de la del acero!<sup>137</sup>
- Son también mercados muy confidenciales, donde manobra un número muy reducido de compradores y de vendedores. Ahora bien, cuanto menos numerosos son los protagonistas, en mayor medida sus actos resultan susceptibles de perturbar el juego de la oferta y la demanda. Así, la falta de un solo proveedor puede provocar rápidamente un fuerte pánico entre los consumidores, del mismo modo que la menor nueva tecnología consumidora de metales raros puede generar una repentina interrupción de los suministros.
- Se trata asimismo de mercados opacos. La discreción en los negocios y la ausencia de formalidades son la regla. De ahí que no exista cotización oficial, salvo para un puñado de metales que cotizan en la London Metal Exchange (LME), la Bolsa de metales londinense. Con frecuencia, los compradores se ven obligados a consultar revistas especializadas o a conectarse con Weibo, el sitio web de *microblogging* chino, donde agentes y corredores de bolsa informan con cuentagotas sobre el importe de sus recientes transacciones.
- Para acabarlo de arreglar, se trata de mercados estratégicos para los países mineros. China se muestra muy

*rebutent*  
teniente a proporcionar determinados datos de producción, considerados secretos de Estado.<sup>38</sup> Existen reservas ocultas, factores geoestratégicos y consideraciones diplomáticas que hacen la lectura de los mercados especialmente ardua, incluso para los mejores especialistas.

- Para concluir, el libre juego de la oferta y la demanda se ve también obstaculizado por la aparición de inversores privados, que obedecen a sus propios intereses. Estos terceros actores gestionan hoy, sin distinción de recursos, «sesenta veces más valores “materias primas” que hace diez años»,<sup>39</sup> recuerda un especialista, lo que contribuye a aumentar la inestabilidad de los precios. Tradicionalmente, las actividades especulativas afectan ante todo a los grandes metales básicos,<sup>40</sup> pero los mercados de los metales raros están cada vez menos exentos. Se hallan implicados «los fondos especulativos [como el estadounidense Tudor Fund], los gestores de activos [como el neerlandés PGGM Investments] y los fondos de pensiones [el estadounidense Pacific Investment Management Company (PIMCO)], al igual que las ramas financieras de universidades estadounidenses [como Harvard y Princeton]», enumera un analista bancario. Una posición importante tomada respecto de un metal puede traducirse en una especulación muy fuerte. Un ejemplo entre tantos otros:<sup>41</sup> la adquisición en 2017 del 17 % de la producción mundial de cobalto, es decir, varios miles de toneladas, por parte de inversores que anticipaban la escasez de este recurso, provocó una gran subida de los precios.<sup>42</sup>

Por consiguiente, en estos mercados ultrasensibles resulta casi imposible arriesgarse a cualquier anticipación. «El

mercado de tierras raras no es ni estable ni previsible», subraya Vivian Wu. Los Estados y las empresas que, a falta de abastecimientos regulares de metales raros, podían contar al menos con precios constantes a fin de trazar un embrión de estrategia, pierden el tiempo. Como resume un especialista de la BRGM, «los metales raros son metales generadores de crisis».